



OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN



014-02

SANTO TOMÁS DE AQUINO
EL SABIO ARQUITECTO

Jacques Maritain

Artículo publicado en 1928 en la revista *Vie Intellectuelle*, bajo el título 'Santo Tomás de Aquino y la Unidad de la Cultura Cristiana'.

En 1929, fue incorporado como capítulo II al libro 'El Doctor Angélico'.

I

1. Ya Leibniz lloraba sobre la perdida unidad de la cultura cristiana. Cuatro siglos hace que esta unidad se viene desintegrando. Se ha hecho notar con frecuencia que, en tres grandes crisis espirituales – el Renacimiento humanista, la Reforma protestante y la Ilustración racionalista –, ha realizado el hombre una revolución histórica de importancia verdaderamente incomparable, al final de la cual hízose a sí mismo centro de su historia y fin último de su acción aquí en la tierra, y atribuyóse, en el pensamiento, ese privilegio ciertamente divino que es la independenciam absoluta o absoluta suficiencia que los teólogos llaman *aseitas*.

El inmenso despliegue de fuerza brutal sobre el globo y la esclavitud industrial de la materia a que se entregó Europa en el siglo XIX, no son más que la expresión, en el orden sensible, de esa usurpación espiritual. Entonces, bajo el optimista ornato de la seudociencia positivista, levantóse, como una gran ilusión, una especie de falsa unidad del espíritu humano, creyendo haber llegado a su fin y a ser dueño y posesor de sí mismo, de la naturaleza entera y de la historia: llegábase a la catástrofe; y mientras la materia, aparentemente dominada y vencida, imponía a la vida humana su ritmo y las exigencias, sin fin multiplicadas, de las satisfacciones que procura, el hombre se hallaba más dividido que nunca, desligado de los demás y desligado de sí mismo: la materia, principio de división, no puede engendrar sino la división. Naciones contra naciones, clases contra clases, pasiones contra pasiones, resultando, al fin, desintegrada la misma personalidad humana, mientras el hombre se esfuerza en vano buscándose a sí mismo en los trozos rotos (¡con qué perspicacia escrutados!) de sus veleidades inconsistentes y sus sinceridades inconscientes, llegando a apoderarse del mundo como una fiebre de desesperación.

¿Bajo qué condiciones se podrá, no ya reencontrar, pues el tiempo no vuelve, pero al menos rehacer nuevamente, mediante formas nuevas, esa perdida unidad? Paréceme hay aquí una verdad que domina toda la cuestión: *el hombre no puede encontrar en sí mismo su unidad. Ha de hallarla fuera de sí, por sobre sí mismo.* Queriendo bastarse a sí mismo, se ha perdido. Se hallará a sí mismo si se subordina a su principio y al orden que le trasciende. Como la pura materialidad, también la pura subjetividad engendra la dispersión. Si los siglos cristianos tuvieron un sentido tan puro y tan exacto de las cosas humanas y morales, como también de la unidad, fue porque sus miradas estuvieron entornadas hacia el ser y hacia Dios con una objetividad ingenua y piadosa, con una objetividad loca de amor. Nada más engañoso que pedir al inmanentismo la reconciliación del hombre consigo mismo. El hombre no se reconcilia consigo mismo sino por la cruz que le es dura y exterior: sobre la cual está clavado. La objetividad es la primera condición de la unidad.

Hay, es cierto, otras condiciones que pertenecen al orden material y que es preciso no olvidar. Pero la primordial es aquella que se relaciona con las dos actividades más dignas del hombre, la inteligencia en cuanto es fiel a su objeto, y por tanto al Ser primero, y el amor en cuanto nos une a nuestro principio y a nuestro verdadero Todo.

Resurrección de la metafísica y nueva expansión de la caridad, he ahí lo que, ante todo, supone el retorno a la unidad humana, a esa unidad que no fue perfecta más que en el paraíso terrestre y en Getsemaní en el corazón de Cristo, pero cuya nostalgia no cesará jamás de perseguirnos.

2. Si en distintos momentos de la historia, especialmente en los de mayor transformación, se practicaran, si se me permite, algunos cortes en el tejido de las cosas humanas, hallaríanse elementos muy diversos: por una parte, un elemento muy importante en lo que atañe a la materia o al volumen, y que representa el resultado macizo, algo así como el fruto desprendido del trabajo pasado: elemento que podríamos llamar factor estático o factor de resistencia y que significa, ante todo, algo hecho, terminado, concluido.

Y otro elemento que no tiene que ver con el volumen y la apariencia, pero que importa muchísimo en lo que atañe a la energía, elemento que podríamos llamar factor dinámico o factor de fuerza viva y que, ante todo, significa, algo que se realiza o que se va a realizar, que se prepara activamente, que constituirá el elemento formal en la generación futura.

Lo que por parte del primer elemento, del factor estático, nos choca en el mundo contemporáneo, en el mundo de la destrucción capitalista y positivista, en el mundo de la civilización antiteológica y antimetafísica, es ese miserable producto que se llama el hombre moderno, ese ser arrancado de sus raíces ontológicas y de todos sus objetos trascendentes y que, por haber buscado su centro en sí mismo, no es, según Hermann Hesse, más que un lobo que aúlla de desesperación hacia la eternidad. Pero, por eso mismo, podemos comprobar también que el mundo ha efectuado y concluido la experiencia del positivismo, del escepticismo pseudo científico y del idealismo subjetivista, y esa experiencia ha resultado suficientemente demostrativa. Esos errores han fenecido ya: podrán molestarnos todavía mucho tiempo, pero como estorbos cadavéricos; han muerto.

Si nos detenemos a considerar el otro elemento histórico, el factor dinámico del mundo actual, comprobaremos, por el contrario, una necesidad inmensa de metafísica, un grandísimo anhelo por la restauración de los valores ontológicos. El mundo que quiere ser, que intenta surgir en el futuro, no es un mundo de positivismo, sino de metafísica.

¡Ay!, ¿Acaso basta con decir: resurrección de la metafísica? Es preciso además, que esa metafísica sea verdaderamente la metafísica. No quiero despreciar cuantos servicios hayan podido, de hecho, aportarnos en Francia, el movimiento bergsoniano; en Inglaterra, el movimiento neohegeliano y el movimiento pluralista; en Alemania, el movimiento fenomenologista. Pero es preciso proclamar que una metafísica que viene a parar, sea en una mutación sin substancia o en un puro movilismo vital, sea en un moralismo politeísta o en una ontología ateísta, no constituye ningún remedio para la humanidad.

La resurrección de la metafísica significa, sobre todo, que hemos llegado a una era de grandes conflictos metafísicos, de grandes combates espirituales: donde entrarán a la lid, no solamente sistemas nacidos de la especulación europea, sino también sistemas asiáticos rejuvenecidos por pensadores modernos sabios y afamados como los que se encuentran ya en el Japón y la India.

¿A qué guía habremos de recurrir para introducirnos en el centro de todos estos conflictos metafísicos?... Tomás de Aquino nos enseña el modo de discernir en el orden intelectual el bien del mal, lo verdadero de lo falso, trabajo verdaderamente angélico, y nos enseña a salvaguardar cuantos rasgos de verdad puedan incluirse en la diversidad de sistemas y a rectificar los demás en una síntesis organizada sobre la realidad. Puesto que, como se ha hecho notar muchas veces, una de las características de su pensamiento, no ha sido ciertamente un muelle eclecticismo sin principios, sino, por el contrario, una elevación tal y un tal rigor de principios que, en su eminencia, reconcilia, trascendiéndolas, las más opuestas doctrinas, que al fin vienen a resultar como los orígenes antagonicos de una misma elevación.

Al profundizar Santo Tomás, la naturaleza íntima del conocer y de la vida propia de la inteligencia, justifica mejor que ningún otro pensador – contra el positivismo, pero concediendo cuanto corresponde a la experiencia, y contra el idealismo, pero concediendo cuanto corresponde a la actividad inmanente y constructiva del espíritu –, la objetividad del conocimiento, los derechos y el valor de la ciencia del ser. Pero asienta también, contra las falsas metafísicas que amenazan asaltarnos, contra el inmanentismo panteísta que no pocos quisieran imponernos en nombre de Oriente, contra el pragmatismo del extremo Occidente, contra el intelectualismo ateo que se abre paso en nuestros países, asienta la trascendencia de Aquel a quien nosotros conocemos por sus criaturas, pero que no tiene medida

común con ellas, que es ser, inteligencia, bondad, vida, beatitud, pero que excede y sobrepuja hasta el infinito, nuestras ideas del ser, de la inteligencia, de la bondad y de todas las demás perfecciones; en una palabra, Aquel a quien nuestros conceptos llegan mediante la analogía y a quien, sin embargo, no pueden abarcar.

La metafísica se eleva así, en sus manos, por encima del agnosticismo y del racionalismo; partiendo de la experiencia, asciende hasta el Ser increado y reconstruye en el espíritu humano la jerarquía exacta de los valores especulativos, iniciándonos así en el orden de la sabiduría.

3. Trátase luego de los valores éticos y de la conducta de la vida humana, y aquí se puede justipreciar hasta qué punto el mundo contemporáneo es el mundo del egoísmo, de la pequeñez y de la frialdad. ¿Cómo no habría de aparecer todo en el hombre, desde el momento en que quiso bastarse a sí mismo, dividido y marchitado por una irremediable oposición? Esto es, al menos, lo que aparece en el declive del cercano pasado. Y, en verdad, el amor no viene sino de Dios o de cuanto deifica y al percatarse de que lo que ha deificado no es más que una nonada, transfórmase en desprecio y odio. He ahí por qué el amor de la humanidad sin Dios no pudo menos de venir a parar en un estado en que cada uno no tenía más recurso que adorarse a sí mismo o suicidarse.

En lo que atañe al segundo elemento histórico, el dinámico, de que hablamos más arriba, el mundo contemporáneo ostenta, debido a esa especie de imposibilidad para la vida, creada por el egoísmo antropocéntrico, la necesidad y el presentimiento de una gran efusión de amor. Pero, ¡guardémonos, también aquí, de las falsificaciones! De la misma manera que es menester precaverse de las falsas metafísicas así también es preciso precaverse de las formas engañosas del amor.

Falso misticismo humanitario, seudobúdico, teosófico o antroposófico, falsa reyecía del corazón que intentaría sobreponerse a expensas de la inteligencia, despreciando al Verbo creador y plasmador y a sus leyes, una especie de herejía quietista que nos obligaría a dejar de ser hombres porque perderíamos la misma noción de la verdad y nos disolvería en una equívoca sensualidad poética, indigna del nombre de amor – he ahí algunos de los males que al respecto nos amenazan –. Ya estamos lejos del materialismo del siglo XIX: del lado de un seudo espiritualismo y de una seudo mística surgirán, para mal de nuestro tiempo, las más nocivas aberraciones.

El Doctor Angélico nos muestra el camino recto, nos recuerda que el orden reside en el corazón del amor santo y que, si en Dios el Amor subsistente procede del Padre y del Verbo encarnado, también es preciso que en nosotros el amor proceda de la verdad, y cruce por el lago del Verbo para que no sea turbio y devastador.

Nos recuerda también, Santo Tomás, que el amor natural, la *bondad* para con nuestros hermanos, no se purifica y no se perfecciona completamente, sino en esa misma dilección sobrenatural que nos hace amar a Dios sobre todas las cosas.

Entonces, según aquel orden admirable de la caridad que se describe en la segunda parte de la *Suma* y que se llega a todos sin violar los privilegios de nadie, el amor que nos une por sobre el ser al principio del ser, vuelve a descender sobre las criaturas con una fuerza divina que arrasa con todo obstáculo, recalienta toda frialdad y abre un camino nuevo que da a conocer los atributos divinos de un modo más profundo, insospechado, en el que los seres no solamente se conocen sino, aun más, se reconocen, obligándonos a desearles el bien a nuestros enemigos. Así, frente a la licuefacción del sentimentalismo y del culto naturalista de la especie humana, es preciso afirmar la verdadera naturaleza del amor divino. Y es preciso afirmar la primacía de este amor contra el endurecimiento motivado por la adoración de la fuerza, por el culto naturalista del individuo, de la clase, de la raza o la nación. *Caritas major omnium*. ¿Será necesario subrayar aquí que toda la ética de Santo Tomás se halla fundamentada en esta doctrina bebida en el Evangelio y en San Pablo? Referente a esta enseñanza evangélica, compuso una preciosa síntesis teológica donde demuestra cómo el amor que nos orienta hacia nuestro último fin, posee una primacía práctica absoluta sobre toda nuestra vida individual y social, constituyendo el nudo mismo de la perfección y cómo nos es más ventajoso amar a Dios que conocerle y cómo sin este amor ninguna virtud, ni siquiera la justicia, puede alcanzar su forma perfecta ni ser, en toda su pureza, una virtud. Y muy bien sabe Santo Tomás que este amor no puede ser verdaderamente señor de la vida humana, ni constituir un eficaz amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, si no es sobrenatural, enraizado en la fe, procedente de la gracia de Cristo que nos hace, a semejanza del Crucificado, hijos y herederos de Dios que es Amor. Sigamos al Doctor Angélico y llegaremos

a comprender que la paz en el hombre y entre los hombres (obra directa de la caridad, *opus caritatis*, “pues el amor es fuerza unitiva y causa eficiente de la unidad”), desciende de esa Paz supraesencial y de ese Amor eterno que reside en el corazón de la Trinidad.

4. El mal de los tiempos modernos, como decíamos al principio de este estudio, proviene de que la cultura, que es cierta perfección del hombre, se ha considerado a sí misma como último fin. Despreció, por lo pronto, en sus fases cartesiana y filosofista, cuanto sobrepuja al nivel de la razón; de ese modo venía a despreciar a la razón misma, debiendo soportar ahora no sólo la ley de la carne, sino también el vértigo espiritual que la irracionalidad produce inevitablemente en el hombre. El error del mundo moderno fue la pretensión de asegurar la reyecía de la razón sobre la naturaleza rechazando la reyecía de lo sobrenatural sobre la razón. He ahí por qué, aun en el orden del conocimiento, la metafísica de que ha poco hablábamos, sigue siendo un remedio insuficiente. Otra sabiduría más elevada y más divina, nace del amor mismo, gracias a los dones del Espíritu Santo. De esta sabiduría mística, sobre todo, tiene hambre y sed nuestra miseria, puesto que ella sola puede hartarnos y saciarnos, como quiera que nos une experimentalmente a las cosas divinas, colocándonos en el principio de la beatitud. Y aun ésta nos deja, sin embargo, con hambre y sed, ya que solamente la visión puede saturarnos plenamente de Dios.

San Juan de la Cruz es el gran Doctor experimental de esta sabiduría; Santo Tomás es su gran teólogo. Quien, por fijar mejor que ningún otro esa verdad fundamental, rechazada la cual no puede menos de herirse el corazón de la contemplación y el cristianismo mismo – me refiero a la distinción de la naturaleza y de la gracia y su viviente compenetración, así como a todo el organismo de los dones infusos –, explica mejor que ninguno la verdadera naturaleza de la sabiduría mística, y mejor que ninguno la defiende contra todas sus falsificaciones.

He ahí la mayor ventaja que de él pudiéramos esperar desde el punto de vista de una renovación de la cultura cristiana; puesto que, en definitiva, todo el orden cristiano está sujeto, aquí en la tierra, a esta sabiduría y a esta contemplación.

II

5. La unidad de una cultura se debe, ante todo, a cierta estructura espiritual, común, a cierta actitud metafísica y moral, a cierta escala común de valores, en una palabra, a cierta idea común del universo, del hombre y de la vida, todo lo cual se halla, por decir así, encarnado en las estructuras sociales, lingüísticas y jurídicas de entonces. Esta unidad metafísica quebrantóse mucho tiempo después y, aunque no desapareció completamente, con todo, se rompió y quedó como borrada en Occidente. Lo que ha motivado el drama de la cultura occidental fue el haber reducido el fondo de metafísica común a un *mínimum* absolutamente insuficiente, de manera que si conserva algo se debe a la materia, la cual nada puede conservar. Este drama nos es tanto más grave cuanto que actualmente nos queda todo por hacer; en nuestra mansión europea hay que ubicarlo todo en su debido sitio. Suponed que una filosofía verdadera hiciese las veces de fermento en algunos lugares privilegiados del pensamiento europeo: ello sería el comienzo de la salud en el mundo occidental.

Así como Tomás de Aquino reunía, en su compleción maravillosamente armónica, las dotes de los hombres del Norte y de los hombres de Mediodía, de los normandos y los lombardos, así como en su misión de Doctor integró la Italia de los Papas, la Alemania de Alberto Magno, la Francia de San Luis y de la Universidad de París, así como a la herencia de los Padres y de la sabiduría cristiana juntó los tesoros de los griegos y latinos, árabes y judíos, en una palabra, el aporte completo del mundo entonces conocido, así también su teología, maravillosamente sintética y orgánica, abierta a todos los aspectos de lo real, ofrece a todas las tendencias intelectuales, propias de cada nación, el medio de progresar con libertad y sin destruirse mutuamente sino completándose y robusteciéndose recíprocamente.

Es que Santo Tomás supo concretar una sabiduría filosófica y teológica, tan elevada en su inmaterialidad, que verdaderamente se halla libre de toda particularización de raza o ambiente. En el transcurso de los últimos siglos hemos asistido a un fenómeno enteramente opuesto, a una especie de materialización racial de la filosofía. Descartes es una gloria francesa, pero cristaliza algunas deficiencias, algunas tentaciones propias del temperamento intelectual francés. Lo mismo hace Hegel en Alemania, los pragmatistas y los pluralistas en los

países anglosajones. Y este mal no hace más que empeorar. Ya es tiempo de volver a la verdad misma que no es de este o aquel país, a la universalidad de la razón y de la sabiduría. Es tanto más urgente cuanto que parece levantarse ya una nueva edad filosófica.

Imaginemos por un instante que los católicos, en sus diversas naciones, comprenden su deber. Figurémosnos semejante utopía. Imaginemos que saben apreciar la importancia primordial de las cuestiones intelectuales, de la metafísica y de la teología, que renuncian a los necios prejuicios contra la escolástica, que no la juzgan ya como una momia medieval digna de ser estudiada arqueológicamente, sino como una armadura viviente de la inteligencia y el bagaje necesario para las exploraciones más arriesgadas; imaginemos que realizan en sí el voto de la Iglesia, que no es la conquista de partidarios, como si el catolicismo fuese una empresa humana, sino el servicio a la Verdad divina en las almas y en el universo; imaginemos que se olvidan de las divisiones intestinas y de los orgullos de escuela, que siempre esterilizan su actividad, en fin, que se percatan de la necesidad de una cooperación intelectual seria y continua entre los católicos del mundo.

Entonces el Doctor común de la Iglesia sería, con toda verdad, su maestro común; bajo su directiva podrían trabajar eficazmente en la restauración de Occidente y de su unidad. Entonces habría obreros en la mies. De ser así, la metafísica tomista podría, en el dominio especulativo, asimilar, en un verdadero orden intelectual, el cuerpo inmenso de las ciencias particulares, actualmente en el caos y cuyos admirables progresos están en riesgo de ser explotados por filosofías erróneas. La ética y la teología tomistas podrían presidir arquitectónicamente, en el orden moral, la elaboración de esa filosofía política y económica auténticamente cristiana que, con tanta urgencia, reclama el estado presente del mundo. En fin, el humanismo antropocéntrico, el protestantismo, el racionalismo, para llegar a los motivos primeros y a las causas engendradoras de las divisiones que ahora sufrimos, habiendo tenido ya el tiempo necesario como para sufrir en lo más íntimo el proceso de auto destrucción causado por su error inicial, y como para comprobar el valer de tantas verdades que dichos errores despreciaran, se pasmarían al encontrar en el tesoro del Doctor Angélico las mismas verdades que, sin conocerlas, habían combatido y que no supieron más que malbaratar.

Y puedo añadir que la piedad griega y la rusa, las cuales, según parece, difieren de la piedad católica por ciertas actitudes psicológicas más bien que por divergencias dogmáticas, repugnan mucho menos, según mi entender, al pensamiento tomista de lo que a primera vista se pudiera suponer. Abordan los problemas bajo distintos aspectos y la manera escolástica de presentarlos les choca e irrita. Pero éstas son cuestiones de modalidad; y llego a persuadirme de que, bien comprendido, el orden tomista disiparía un sinnúmero de malentendidos y permitiría encuentros imprevistos. Llego a persuadirme también que, una vez que nuestros hermanos separados se vean precisados, ante la presión de los errores del siglo, a efectuar una defensa teológica más sistemática y más desarrollada, se verán constreñidos a pedirles sus armas, contra la vana filosofía, a los principios elaborados por Santo Tomás.

Por esta causa se nos muestra Santo Tomás como el gran reconstructor intelectual de Occidente.

¿Habremos de confesar que si damos crédito a tales utopías ignoramos la naturaleza humana? Sin embargo, si no se realiza un serio esfuerzo en la dirección indicada, puédesse muy bien pregonar que la cultura de Occidente está condenada a muerte. A pesar de todo es de esperar que dicho esfuerzo sea una realidad.

6. He hablado de Occidente. Y, a decir verdad, ¿dónde comienza el Occidente? Es preciso no forjarnos del mismo una idea demasiado estrecha: recordemos que siempre estamos al oriente de algo.

El Occidente comienza en el Gólgota. El Calvario, centro del mundo, marca el punto de partida entre el Oriente y el Occidente, y Cristo extiende desde allí sus brazos redentores tanto sobre el Oriente como sobre el Occidente. Si queremos obtener una noción cultural adecuada del mundo occidental, digamos que es un mundo cuyo eje va desde Jerusalén hasta Atenas y hasta Roma, y que se extiende desde los desiertos de Egipto y de los países bereberes hasta las orillas del Atlántico y de los mares septentrionales, abrazando en una misma comunidad la más rica variedad de tradiciones, instituciones y culturas nacionales.

Las culturas griega y bizantina, orientales con relación a la latinidad, a la herencia del Imperio de Occidente tal como la historia lo ha delineado en

el sentido estricto de la palabra, forma, sin embargo, parte integrante de la cultura occidental. El divorcio entre Constantinopla y Roma tuvo por efecto no independizarla sino afirmarla sobre sí misma en el seno de esta cultura (por otra parte no tanto como ordinariamente se cree).

Y si los euroasiáticos tienen razón cuando ven en Rusia una especie de continente aparte en el que Europa y Asia no forman más que una cosa, si hoy día la revolución parece arrastrar este continente hacia el lado del Asia, sin embargo, es verdad que por su pasado cultural pertenece a la comunidad espiritual de Occidente.

Y ahora pregunto: ¿hay derecho para identificar de alguna manera el mundo occidental y la religión cristiana? ¡No! Sería un error mortal y sumamente inexacto con el que ha transigido el torpe lenguaje de algunos apologistas, pero que repugna esencialmente a la nota por excelencia, a la *catolicidad* de la religión de Cristo.

¿Quiere decir esto que el Occidente no tiene una misión particular para con esta religión? Sería otro error. El Papa León XIII ha señalado la importancia de semejante misión. Si el Occidente, que tanto debe a la Iglesia, fue mucho tiempo como el cuerpo profano de la cultura cristiana, ello ocurrió precisamente porque había sido escogido para evangelizar el resto del mundo, no para servirse del universo en beneficio de sus intereses militares o comerciales, sino para servir al universo aportándole el mensaje de la redención.

Cualquiera que haya sido o siga siendo el heroico esfuerzo de sus santos, de sus misioneros y de sus mártires, lo cierto es que la civilización occidental no supo cumplir bien con este su deber. Ahora se le ha encomendado esa misión bajo pena de muerte, de manera que no puede salvarse a sí misma sino trabajando por el universo entero.

Atenerse a particularidades de una región, a su lengua, a sus costumbres, a sus libertades y prolongar así un poco más la belleza de las cosas caducas, de los trabajos y las alegrías del lugar, es tarea de poetas [1]. El político es, en cierto

1 No queremos decir con esto que las particularidades regionales y lingüísticas, no respondan a las condiciones que el político debe tener en cuenta. Decimos que estas particularidades no podrían constituir un fin político, ni circunscribir el objeto propio del político.

modo, particularista: pues se encarga del bien común de una patria que debe vigilar y que vigila de modo que amando a su Patria más que a las demás no deja por eso de amar a las otras y de desearles el bien sin perjudicar los derechos de la persona humana ni los intereses del género humano.

Pero en el orden de la inteligencia, del pensamiento, de la cultura, es necesario ser resueltamente *universalista*. Así se acaba con todas las palizadas del proteccionismo intelectual. Cada libro, cada artículo de periódico (y los escritores católicos debieran percatarse bien de ello) tiene lectores tanto junto a las orillas del Ganges y del río Amarillo como sobre las márgenes del Rin y del Támesis. Todas las producciones del espíritu se cruzan y se mezclan de un extremo al otro del mundo. Es preciso escoger entre un confucionismo abominable y la unidad espiritual de la cultura cristiana, con cuanta rigurosa formación, discernimiento y jerarquía supone dicha unidad. Todas las aspiraciones de la Iglesia de Cristo se hallan orientadas, hoy en día, hacia esa unidad espiritual de una cristiandad por rehacer, como quiera que el mensaje redentor se dirige a todos los hombres y ha de ser comunicado a todo el mundo.

Digan lo que digan los filósofos y M. Lévy-Bruhl (por lo menos en sus primeras obras), el hombre es en todas partes esencialmente el mismo, su estructura mental y afectiva es esencialmente idéntica en todos los climas; el testimonio de los misioneros, al respecto, es terminante, aun tratándose de los llamados pueblos primitivos o de más refinada civilización como los chinos. Pláceme recordar aquí, sobre este punto, la opinión de uno de nuestros mejores teorizantes científicos, M. Meyerson, que afirma la *catolicidad de la razón*.

Y más allá de la razón, el don de Dios enlaza también a los hombres en una unidad trascendente y divina, que es la del reino de los cielos, la unidad de la vida misma de Dios participada en la tierra, y, si cabe, del universo de la Encarnación; y si la unidad natural de la razón consigue producir sus frutos, es porque, desde lo alto, la sostiene esa misma unidad sobrenatural de la vida de la gracia.

Digámoslo una vez más, “la Iglesia es universal, porque ha nacido de Dios, todas las naciones se encuentran en ella, los brazos crucificados de su Maestro se extienden por sobre todas las razas y todas las civilizaciones. No aporta a los pueblos los *beneficios de la civilización*, sino la Sangre de Cristo y la beatitud sobrenatural... Por eso nos recuerda que sus misioneros han

de renunciar a todo interés personal, a toda preocupación de propaganda nacional y no cuidarse sino de Cristo, y que únicamente tienen la misión de fundar iglesias que, con su clero, se basten a sí mismas. Sin afirmar que todas las razas y todas las naciones tengan una misma vocación histórica y un mismo progreso humano, la Iglesia afirma, con el más significativo de sus actos, que todas, igualmente envueltas en su caridad, han sido llamadas por Dios y que cada una tiene su correspondiente y legítimo lugar en la unidad espiritual de la cristiandad, pudiendo dar sus respectivos obispos al rebaño de Cristo”. [2]

7. Esa doble unidad, esa doble catolicidad de la razón y de la gracia, del espíritu humano y de la Iglesia, ha menester un órgano intelectual que la manifieste, la fortifique y la extienda.

En estos momentos en que el Oriente y el Occidente transmutan todos sus desvaríos y todos sus errores y en que todas las calamidades, de que Europa creyó morir –cientificismo, ateísmo, modernismo, religión del progreso necesario y de la deificación del hombre –, se arrojan, lanzados por ella sobre Asia y África como evangelios de destrucción, y en que la inteligencia se debate en todos los países contra los prestigios más eruditos de los filósofos de este mundo ¿creeremos que la cultura cristiana no ha de valerse, también ella, de una razón perfectamente armada, de una doctrina perfectamente experimentada? La forma más desarrollada, más perfecta del pensamiento cristiano, la sublime sabiduría puesta bajo la égida del Doctor Común de la Iglesia, le proporcionará ese instrumento indispensable.

“De esta sabiduría, profundizándola en todo su rigor y según las auténticas exigencias de cada problema, se han de entresacar, conforme sea conveniente, los valores intelectuales que han menester todos los climas de la tierra. Como única forma conservadora de cuanto hay de universal y perdurable, solamente ella puede reanimar al Occidente, devolverle el libre y vivificador uso de sus riquezas espirituales, de su tradición y de su cultura; solamente ella puede salvar también la herencia de Oriente y reconciliar las dos mitades del mundo.” [3]

2 Primacía se lo Espiritual.

3 Primacía de lo Espiritual

Permítaseme aquí un ejemplo. M. Louis de la Vallée Poussin, el eminente historiador del budismo, señalaba recientemente la obra realizada en la India por el P. Dandoy y sus amigos. “Estos publican en Bengala un pequeño periódico muy bien presentado: *Cristo, luz del mundo*”, [4] donde demuestran cómo se puede pasar, cómo se debe lógicamente pasar del vedanta, que es la filosofía tradicional de la India, al cristianismo. Buenos sanscritistas, estudian en brillantes monografías las cinco o seis formas de esta filosofía que oscila, por gradaciones sucesivas, que nunca han comprendido los indianistas, entre un monismo, al parecer absoluto, y un teísmo excesivamente dualista para ser ortodoxo a nuestro modo.

“Estas investigaciones, desde el punto de vista indianista, son sobremanera apreciables; ponen notoriamente de manifiesto el carácter religioso y místico de la especulación hindú, aun de aquella que se precia de más racionalista.

“Desde el punto de vista práctico tengo la impresión de que tienden a la unificación. Santo Tomás tiene razón contra Sankara, Ramanuja y otros: presenta la única solución capaz de atar todos los cabos; reconcilia, trascendiéndolas, las diversas tesis de las escuelas del vedanta. Es, en una palabra, el verdadero Doctor del vedanta...

“Se sabe que los hindúes instruidos han considerado de poco valer el libro del maestro alemán Paul Deussin: *Das System des Vedanta*, un vedanta fabricado con algo de Sankara insuficientemente comprendido y otro poco de Schopenhauer mezclado con Hegel... Por el contrario, los pandíes parecen haber tornado muy en serio los estudios de mis amigos de Bengala: éstos se tornaron el trabajo de leer los textos y los comentarios; sábense conocedores hasta el detalle de cuanto hablan, lo que importa mucho; nada de polémicas, ningún argumento traído de Occidente: pero con una seguridad teológica que admiro y sobre un terreno tan movedizo, disertaciones al estilo hindú y de información ejemplar, comentarios nuevos, persuasivos, al modo de antiguos Brahmasutras. Sin adoptar, como lo hiciera Roberto de Nobili, la vestimenta de brahmán, estos modernos apologetas se han construido una psicología sutil a su antojo, muy tomista y, sin embargo, bengalí [5].”

4 El título exacto es “The Ligth of the East” (Calcuta, 30, Park Street).

5 “Bulletins de la Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques de l’Académie Royale de Belgique”, (Indianisme, discurso de Louis de la Vallée Poussin, 9 de mayo de 1928.)

Este ejemplo nos pone de manifiesto cómo Santo Tomás de Aquino ha preparado el bagaje conceptual y nocional, el bagaje metafísico de la inteligencia tal como lo ha menester la cultura cristiana y gracias al cual podemos esperar que ésta realice su unidad en toda la redondez de la tierra.

En eso, precisamente, finca el privilegio más noble de la cultura occidental y es eso lo que nos la hace preciosa entre todas: pues siendo universal en el fondo y habiendo sido, por un milagro de la Providencia, esbozada en el vigor y la piedad de la razón natural que caracterizaban a la antigua Grecia y Roma, y habiendo recibido su formación de la Iglesia de Cristo, pudo muy bien engendrar, primero a un Platón y a un Aristóteles y luego a un San Pablo, a un San Agustín y a un Santo Tomás. ¡Ojalá que el incomparable instrumento espiritual, así preparado, pueda ser puesto en actividad no solamente por apóstoles de la raza blanca, sino también por una selección de color que aceptará la lección de Santo Tomás como nosotros, galos, celtas o germanos hemos entendido la lección de Aristóteles! Necesitase aquí, más que en ningún otro lado, la cooperación intelectual de los católicos de todas las naciones de que ha poco hablábamos.

Pero entiéndase bien: nada sólido se hará, nada perdurable, sin este recurso a la sabiduría de Santo Tomás. Grandísima ilusión sería creer que para realizar con más premura la obra de la unidad fuera conveniente *desentenderse* de todas las verdades recibidas en herencia y adquiridas, a precio de sangre, en las riberas de Occidente. Precisamente el mundo ha menester de esa herencia; su difusión por todas partes engendrará la unificación del mundo. No hay que desentenderse de esas verdades, ¡no! Hay que ponerlas en movimiento. Y no se trata de cosa fácil, puesto que la solución de todos los nuevos problemas que se plantean no se halla por entero en Santo Tomás: para conseguir esta solución se requiere un nuevo esfuerzo original que exige tanta osadía para aplicarse a lo real, cuanta fidelidad a los mínimos principios del maestro.

No importa que una filosofía no se bautice tal como nació. Ha de ser, desde luego, rectificada y muchas veces transformada. Y otras veces no queda más que destruirla. Si Aristóteles pudo ser bautizado por Santo Tomás fue porque sus principios metafísicos se hallaban fundamentados en la realidad objetiva. Y si las grandes metafísicas de las antiguas civilizaciones permanecen, a diferencia de los sistemas modernos, vueltas hacia el ser y, por tanto, susceptibles de universalidad,

por eso mismo están como anhelando las correcciones aristotélicas y tomistas. ¡Cuán grato a nuestra pereza y a nuestro espíritu ligero y cuán aliviado fuera rehusar el trabajo y pasarse sin la disciplina de la *philosophia perennis*! Pero la cultura ni puede pasar sin estas disciplinas ni podrá nunca desentenderse del griego Aristóteles transformado por el Doctor Angélico.

No digo que se haya de imponer la sabiduría tomista como un dogma. El Evangelio prescinde de la misma. Ni tampoco digo que no hay que conservar de los tesoros espirituales del Oriente más que aquello que se encuentra literalmente formulado en el cuerpo de un sistema que se puede considerar como perfecto. Todo lo contrario. Digo que por amor y respeto hacia esos tesoros y para hacerlos valer en toda su plenitud, como para cooperar lealmente a su mantenimiento contra las fuerzas de la disolución, es preciso que, quienes deseen integrarlos a una obra cultural perdurable, se armen ellos mismos de un bagaje doctrinal intachable.

Y la misma filosofía tomista ganará con ello. Saldrá de las eternas controversias de escuela, andará por los caminos, se aireará. Lo que Santo Domingo decía de los hombres, es preciso repetirlo de las ideas: *Cuando el grano se amontona se pudre, y fructifica cuando se le siembra*. De sí, la filosofía tomista es una filosofía progresista y asimiladora, una filosofía misionera, una filosofía ordenada siempre a la Verdad primera. Y Santo Tomás no es una reliquia de la edad media, de quien se han de ocupar tan sólo la historia y la erudición. Es, en toda la plenitud de la palabra, el apóstol de los tiempos modernos.

III

8. Todas las religiones, que no sean la católica, forman parte integrante, de una manera más o menos estrecha y servil, según la elevación del nivel de sus metafísicas, de ciertas culturas determinadas, particularizadas en ciertos climas étnicos y ciertos estilos históricos. Únicamente la religión católica, porque es sobrenatural y nació del corazón traspasado del Dios muerto sobre la Cruz, es absoluta y rigurosamente trascendente, supracultural, suprarrácica, supranacional.

Ello es una señal de su origen divino. Es también una de las señales de contradicción que motivarán hasta el final de los tiempos la pasión de la Iglesia, levantada como su Maestro, entre el cielo y la tierra. Es de creer que desde este punto de vista, entra el siglo en una fase de conflictos singularmente graves, y quizás comparables a la de los tiempos apostólicos bajo la Roma de los Césares. En efecto; por un lado, los pueblos no cristianos no saben separar su cultura autóctona, con todos sus valores humanos dignos en sí mismos del respeto y piedad filial, de los errores y supersticiones de sus religiones, Y el universalismo cristiano tendrá que demostrarles cómo se opera este discernimiento y cómo el Evangelio respeta y eleva – y transforma poco a poco – esos valores particulares. Es una demostración que de ordinario se efectúa sangrientamente. El dogma imbécil de la tendencia sociológica positivista, enseñado en todos los países en nombre de la ciencia europea, y según el cual toda religión no es más que un producto específico del clan social (y por tanto, el cristianismo, es un producto específico de las razas europeas), no facilitará nunca esa demostración.

Por otra parte, sucede que cuando disminuyen la fe y la caridad en las muchedumbres, muchos de entre los pueblos cristianos se imaginan que el cristianismo, como quiera que ha sido el principio vivificador de la cultura histórica, se halla esencialmente ligado y enfeudado con la misma. ¿Acaso no se encuentran ciertos apóstoles de la latinidad (a la que, si quieren creerlo, no deseamos, mal alguno) persuadidos – como se nos dijo en cierta ocasión – *de que la nuestra es una religión grecolatina?* Significativa enormidad. Sin conocer de qué espíritu son y olvidando la trascendencia divina de lo que infunde la vida en sus vidas, prácticamente llegan a adorar al verdadero Dios del mismo modo que los efesios adoraban a Diana y los primitivos, aun hoy, adoran al ídolo de su tribu. A todos ellos habrá de recordarles el universalismo cristiano, cómo el Evangelio y la Iglesia, sin damnificar ninguna cultura particular, estado o nación, los domina, sin embargo, en una pura e intacta independencia y los subordina a los intereses eternos del ser humano, a la ley de Dios, a la caridad de Cristo. Y esta demostración no se efectúa tampoco sin resistencia.

9. Paréceme que hemos de subrayar aquí un punto de importancia. Si el reino de Dios, por cuya extensión hemos de trabajar sin descanso, pertenece al

orden de lo *espiritual* [6], es decir, a la vida eterna y sobrenatural iniciada aquí en la tierra, por el contrario, lo que llamamos *civilización* o cultura [7] pertenece al orden de lo temporal, se refiere directamente a un bien común que, por cierto, no es solamente material sino también y ante todo, intelectual y moral, pero que concierne en sí mismo a nuestras actividades naturales y terrenas. Hallándose ordenada al reino de los cielos, que la eleva en su mismo orden, dándole su regla y norma suprema, la civilización se relaciona directamente con esta vida efímera y con el desarrollo de la naturaleza humana en la tierra.

Esto explica por qué en este mundo, devastado por la culpa, las culturas y las civilizaciones están naturalmente en oposición y en guerra.

Cuando, pues, hablamos de la cultura cristiana y de su unidad, hablamos, en realidad, de la elevación causada por el cristianismo en las diversas culturas étnicas e históricas particulares, que imprime en ellas, sin destruir su diversidad una imagen de la unidad supracultural del Cuerpo místico de Cristo.

En otros términos, “la civilización es la floración de la vida verdaderamente humana de la ciudad. Pertenece de sí al orden *natural*: arte, metafísica, ciencia, política, virtudes civiles... Pero no puede florecer plenamente sino bajo el cielo *sobrenatural* de la Iglesia... La civilización cristiana es la añadidura del reino de Dios”. [8]

La consecuencia es obvia. Una filosofía, también una teología, forman parte de una cultura: para que puedan llegar a la pura universalidad, de sí requerida por la razón natural y por la razón iluminada por la fe, es absolutamente indispensable que también ellas sean elevadas por el influjo de la gracia y asumidas por el Cuerpo místico de Cristo. Así volvemos a una verdad que nos parece esencial y sobre la que ya hemos tenido ocasión de insistir:

6 Al orden de lo espiritual, por excelencia, es decir, de lo espiritual sobrenatural.

7 Sábese que en el vocabulario de los filósofos franceses estas dos palabras son casi sinónimas, mientras que muchos pensadores alemanes y rusos oponen *civilización* a *cultura*, entendiendo entonces por el primer término, tomado en sentido peyorativo, un progreso, ante todo material de la vida social. En el sentido que lo tomamos nosotros, una *civilización* no merece ese nombre si no es una *cultura*, un progreso en verdad humano y, por ende, principalmente intelectual, moral y espiritual (tomando esta última palabra en su acepción más amplia).

8 Charles Journet

Los privilegios de la doctrina de Santo Tomás se explican por cuanto es él, verdaderamente, el *Doctor común de la Iglesia*, y su doctrina (aunque la Iglesia jamás la imponga como un dogma de fe, puesto que es una síntesis humana), el *instrumento propio* de la vida intelectual de la Iglesia. He ahí lo que la mantiene en una pureza tal que al hombre por sí mismo le fuera imposible conservar, he ahí lo que asegura ese grado supremo de espiritualidad y universalidad que la hacen verdaderamente *católica* e impide que sea empuñada o particularizada por los medios que emplea.

Sistema de signos, lengua latina, disposición latina; tal es el aspecto con que se presenta la metafísica y la teología de Santo Tomás. En sí misma, esta sabiduría no está más ligada al *latinismo*, que a la astronomía de Aristóteles o Ptolomeo. No está ligada a ninguna particularidad de clima, de raza o tradición, razón de por qué únicamente ella puede rehacer entre los espíritus, bajo la luz superior del Evangelio, una verdadera unidad de cultura humana y restaurar una cristiandad espiritual. Seis siglos hace que viene soportando la experiencia de sus principios y de todos sus resortes nocionales, purificada, despojada de cuanto accidentalmente la hacía pesada. Hoy día aparece en toda su juventud. Que se guarde de permanecer *aislada para gobernar*, de no dejarse particularizar por ninguna condición local de tradición o cultura, o por tales o cuales de sus mismos partidarios. Para eso debe mantenerse celosamente adherida a las virtudes superiores de que depende su integridad en las almas y que hacen que en el plano del “uso” o ejercicio, esté al servicio del Evangelio y de la santa contemplación de la Iglesia de Jesucristo [9].

Si cuanto hemos dicho es exacto, se podrá comprender que si la síntesis tomista nos ofrece un *medio* por excelencia para la unidad de la cultura cristiana, sin embargo, no basta para el logro de esta unidad por lo mismo que no es, en ese plano y con relación a ese fin, más que un medio, un instrumento. Sería un gran error creer que la ciencia filosófica o teológica puede ejercer, en sí y por sí, sobre la cultura, una acción verdaderamente formadora y rectificadora.

Se ha de comenzar por Cristo. No es Santo Tomás sino Cristo quien hace la cultura cristiana: es Cristo, por la contemplación de los santos y el amor que los une a la agonía del Hijo del hombre, así como también por el trabajo de los

9 Cf. “Revue de Philosophie”, marzo-abril de 1928: Le Thomism et la civilisation.

teólogos y los filósofos, quien conduce al servicio del Hijo del hombre todas las virtudes de la inteligencia y todas sus esparcidas riquezas.

Síguese de esto que el pensamiento del Doctor común no reinará sobre la cultura sino simultáneamente con el Evangelio y la fe católica, esos dos reinados, divino y humano, ayudándose y multiplicándose el uno al otro, según la gran ley de la reciprocidad de las causas: *ceusae ad invicem sunt causae*.

10. Hace algunos meses, tres filósofos conversaban entre sí: uno ortodoxo y dos católicos; un ruso, un alemán, un francés: Nicolás Berdiaeff, Peter Wust y el autor de estas páginas. Nos preguntábamos cómo conciliar dos hechos aparentemente contradictorios: el hecho de que la historia moderna parece entrar, según el parecer de Berdiaeff, en una *nueva edad media* en que la unidad y la universalidad de la cultura cristiana serán reencontradas y extendidas, esta vez, sobre el universo entero, y este otro de que el movimiento general de la civilización parece arrastrar al mundo hacia el universalismo del Anticristo y su vara de hierro, más bien que hacia el universalismo de Cristo y su ley libertadora, y, en todo caso, terminar con la esperanza de la unificación del mundo en un “imperio” cristiano universal.

Para mí la respuesta es la siguiente: Pienso que en cada instante de la historia del mundo, dos movimientos inmanentes se entrecruzan, presentando cada uno sus complejidades momentáneas: uno de esos movimientos arrastra hacia lo alto todo cuanto en la tierra participa de la vida divina del Reino crucificado al mundo, y sigue la atracción de Cristo, jefe del género humano.

El otro movimiento arrastra hacia abajo todo cuanto en la tierra pertenece al príncipe de este mundo, jefe de los malos.

Soportando estos dos movimientos internos la Historia avanza en el tiempo. Las cosas humanas están así sometidas a una distensión cada vez mayor, hasta que, al fin, la tela acaba por romperse. Así la cizaña se propaga entre el trigo; el capital del pecado aumenta a través de la Historia y el capital de la gracia aumenta también y sobreabunda. A medida que la Historia se aproxima al Anticristo y sufre, en sus distintas estructuras, transformaciones que preparan su advenimiento, se va aproximando también a Aquel a quien el Anticristo precede, y que oculta, bajo esa misma cadena de acontecimientos del mundo, la obra santa que persigue entre los suyos. Por eso

escribíamos: “El diablo ha combinado todo, hoy día, de tal manera, en el régimen de la vida terrena, que pronto el mundo será habitable solamente para los santos. Los demás se verán reducidos a la desesperación o bajarán de su nivel de hombres. Las antinomias de la vida se aguzan, el peso de la materia aumenta: solamente para existir es preciso exponerse a mil peligros. El heroísmo cristiano será un día la única solución a los problemas de la vida. Entonces, como quiera que Dios proporciona su gracia a las necesidades y a nadie tienta por encima de sus fuerzas, se verá, sin duda, coincidir con el peor estado de la vida humana, una floración de santidad...” [10]

Por el momento es cierto que nos encaminamos hacia una nueva edad media, hacia una unidad y una universalidad, reencontradas, de la cultura cristiana. Pero sea lo que fuere de las victorias visibles o invisibles que podemos esperar para la Iglesia, échase de ver que esta restauración de la cristiandad, tanto en el orden social como en el espiritual, ha de efectuarse en un mundo cada vez más trágicamente disputado.

Es decir, que en lugar de agruparse y reunirse, como en la edad media, en un cuerpo de civilización homogénea, pero restringida a una privilegiada porción de la tierra habitada, parece que la unidad de la cultura cristiana debe extenderse ahora sobre toda la superficie del globo, pero no representando, en desquite, más que el orden y la red viviente de instituciones temporales cristianas y de hogares cristianos de vida intelectual y espiritual, dispersos entre las naciones en la gran unidad supracultural de la Iglesia. Sería conveniente pensar más bien que en una fortaleza levantada en medio de la tierra, en un ejército de estrellas arrojadas en el cielo, Lo’ cual no quiere decir, sin embargo, que semejante unidad no sea real, sino que, en vez de ser concentrada, es difusa.

Sea lo que fuere de estas hipótesis, lo que en estas páginas quisiera haber demostrado, es que Santo Tomás de Aquino es nuestro guía predestinado en la restauración de una cultura cristiana, el intendente y el ministro de ese grandioso y bendito reino que la Iglesia, en el admirable prefacio de Cristo Rey, llama el reino de la verdad y de la vida, de la santidad y de la gracia, de la justicia, del amor y de la paz.

10 Primacía de lo Espiritual

